

Del estrecho que muchos buscaron en las Indias

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á las Molucas, por quitarse de pleito con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el Emperador que lo buscasen, desde Veragua á Yucatán, á Pedrarias de Ávila, á Cortés, á Gil González de Ávila y otros; ca era opinión que lo había, desde que Cristóbal de Colón descubrió tierra firme; y mas de cuando Vasco Núñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron, y acertaron á buscarle casi á un mismo tiempo; aunque Pedrarias más envió á Francisco Hernández á conquistar y poblar que á buscar estrecho. El cual Francisco Hernández pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristóbal de Olid, según ya contamos. Gil González fué muy de propósito el año de 23. Pobló á San Gil de Buena-Vista, destruyó y despojó á Francisco Hernández, y comenzó á conquistar aquella tierra.

De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, según Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenía compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la fanega de maíz dos pesos de oro, la de frisoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres

pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabón otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestia hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entre tanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velázquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velázquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velázquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en Méjico, tomó la posesión, é hizo otros autos en nombre del Emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, á lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no había hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil González de Ávila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenía poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Ávila, su sobrino, y prendió al mismo Gil González de Ávila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tie-

rra, que no era pobre. Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid había hecho, envió á gran priesa á Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prenderle, en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vió aquellas naos, sospechó lo que traían; metióse en dos carabelas que tenía con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábales. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fué creído. Echó á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelión que se decía, dióse tal maña, que echó á fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, sino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que había ido contra los de Gil González. Entre tanto sobrevino un recio tiempo y viento, que dió con los navíos de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venían en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres días sin comer y con muchas aguas y fríos; murieron cerca de cuarenta españoles. Hizoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como á los de Gil González, que le obedecerían en todo y por todo; que nunca serían contra él ni seguirían más á Cortés; y con tanto, los soltó á todos, excepto al Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco, buen pueblo, que destruyeron Albítez y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid á Francisco de las Casas, y antes, ó como dicen otros, después, á Gil González de Ávila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos á entrambos á un mismo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, así por la reputación y fama, como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaría con Fernando Cortés. Mas avínole muy al contrario;

porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le soltase para ir á dar razón de sí á Cortés, pues su persona y prisión le hacía poco al caso; y como siempre le respondía que no lo haría, díjole que le tuviese á recado, porque de otra manera le mataría; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumía de valiente, y que le tenía sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas. Concertáronse pues ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio ó de escribanías; echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: «No es tiempo de sufrir más este tirano.» Escapóseles al fin, y fué al campo á esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, ca entonces solo estaba, matarían al Francisco de las Casas y al Gil González; pero ellos dijeron luego: «Aquí los de Cortés;» y dende á poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicción las armas y personas de todos los españoles á su mandado, y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y súpose dónde estaba; prendieron é hicieronle proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron, fué degollado públicamente en Naco, dentro de pocos días que preso estuvo; y así, feneció su vida, por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristóbal de Olid gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil González, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á 18 de mayo año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras á Cortés, y volvióse á Méjico por tierra, llevando consigo á Gil González de Ávila. Tenía la audiencia de Santo Domingo autoridad del Emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo más presto que

pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos á Méjico, y no pudo ni supo hacer nada; antes dicen que fué mejor mercader que juez.

De cómo salió Cortés de Méjico contra Cristóbal de Olid

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenía de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenía muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercebe sus amigos, adereza su partida y publica su determinación. Los oficiales del Rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba más la seguridad de Méjico que la de Higueras, y no diese ocasión que con su ausencia se rebelasen los indios, y matasen los pocos españoles que quedaban; ca, según entendían, no estaban muy fuera de ello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prisión de sus señores y su cautiverio, y que perdiéndose Méjico, se perdía toda la tierra; y que más le temían y acataban á él solo que á todos juntos; y que á Cristóbal de Olid, ó el tiempo ó Francisco de las Casas ó el Emperador lo castigaría. Allende de esto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondía que dejar sin castigo aquél era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él temía mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarían, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harían excesos en la tierra, por do se rebelase todo, y no bastase después él ni ellos ni nadie á

cobrarla. Ellos entonces le requirieron de parte del Emperador que no fuese, y él prometió que no iría sino á Coazacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque como de él colgaban todos los negocios y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien qué pensar y qué proveer. Ordenó muchas cosas tocantes á su gobernación; mandó que la conversión de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió á los concejos y encomenderos que derribasen todos los idolos; dió repartimientos á todos los oficiales del Rey y á otros muchos, por no dejar á nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores á Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Zalazar y Peralmíndez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dejó á Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveídos los bergantines, y muchas armas y munición, por si algo aconteciese. Acordó llevar con él todos los señores y principales de Méjico y Culúa que podían alterar la tierra y causar algún bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couanacochcín, señor que fué de Tezcuco; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopán; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcinco, hombres muy poderosos para cualquiera revolución estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de Méjico por Octubre de 1524 años, pensando que todo se haría bien; pero todo se hizo mal, sino fué la conversión de indios, que fué grandísima y bien hecha, según después largamente diremos.

De cómo se alzaron contra Cortés en Méjico sus tenientes

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad, á tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un día, estando en ayuntamiento, llegaron á echar mano á las espadas sobre poner un alguacil, y poco á poco vinieron á no hacer como debían su oficio. El cabildo lo escribió á Cortés por dos ó tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveía de remedio, mas de escribirles reprendiéndoles su yerro y desatino, y apercibiéndolos que si no se enmendaban y conformaban, que les quitaría el cargo y los castigaría. Ellos ni aun por eso no perdían sus pasiones, antes crecían las rencillas y el odio; ca Estrada, que presumía de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumía de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando á Cortés la ciudad muy apriesa para que tornase á poner remedio en aquello y á apaciguar á los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados, acordó, por no dejar su camino y empresa, de dar al fator Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmíndez Chirino de Úbeda igual poder que los otros tenían, para que, no afrentando á ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parecía que convenía, y los castigasen si tenían culpa. De este poder secreto que Cortés les dió á buen fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del Rey, y nació una guerra civil en

que murieron hartos españoles, y estuvo Méjico para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse á Méjico. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa é información contra ellos, y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena á la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen á Cuba á dar cuenta de cierta residencia; y tras esto, hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey ni Dios, así se habían con todos los que no andaban á su sabor; y pensando que Cortés no volviera jamás á Méjico, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del Emperador, prendieron á Rodrigo de Paz, primó y mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de Méjico. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, ca no sabía de él ni lo había, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que pareció muy mal á toda la ciudad. Por lo cual fueron después condenados á muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmerón, Quiroga, Ceinos y Maldonado, estando por presidente Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la misma audiencia de Méjico, siendo virrey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como absolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlán, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allá Peralmíndez con doscientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte

y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobre ellos cuarenta días; porque los del peñol tenían una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en Méjico públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de teda por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es ceremonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servían. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volviöse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto también á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venían de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mismo Cortés le hicieron también ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oídos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Méjico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, á imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habían sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellín, que, á fama de las riquezas de Méjico, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y

todos los otros oficiales del Rey querían enviar en ellas dineros al Emperador, que era el toque de su negocio, y escribir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil González de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un día, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que estaban en Medellín, porque no tuviesen en qué enviar á España relaciones, como él decía, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el fator Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil González; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y sino fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habían apelado para el Emperador. Todavía los envió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimismo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de las Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

La prisión del fator y veedor

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando de esta manera en Méjico, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlán, llegó á la ciudad Martín Dorantes, mozo

de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del Gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al fator y veedor. Entróse en San Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del Emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venían. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salían de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecía Méjico otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, según la necesidad que tenía, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residía, después que ahorcó á Rodrigo de Paz, é hizose fuerte con hasta doscientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos doscientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzmán; y no le quedaron sino doce ó quince, que debían ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; antes, de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mismo pegó fuego con un tizón á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras ca-

lles, no sin vituperio é injuria, para que todos lo viesen; metiéronlo en una red, y pusieronle muy buena guarda, y después se pasaron á la misma casa el Estrada y Albornoz.

Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de San Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni sería contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venía á combatir la casa, é hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el fator vencía. Peralmíndez Chirino dejó la guerra que hacía, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para Méjico cuanto más pudo para ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fuése á Tlaxcallán, y metióse en San Francisco, monasterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en Méjico enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prisión de estos dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del Rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmíndez se hermanaron y concertaron de matar un día señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entre tanto los presos. Mas como tenían las llaves los mismos gobernadores, no se podía efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzmán, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacía vergas de ballesta. El Guzmán, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometióles llaves, limas y ganzúas para cuando las

pedían, y rogóles que cada día le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se quería hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venían á su tienda muchas veces. El Guzmán descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monopolio. Presos confesaron ser verdad que querían soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. Á unos cortaron las manos, á otros los pies, á otros azotaron, á muchos desterraron, y, en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernación de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de Méjico entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del Rey, que son más de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comisión, ni hubiese la menor alteración de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenían aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase á decir cuando él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, según después se dirá.

La gente que Cortés llevó á las Higueras

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmíndez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y quería ir cierto cami-

no; que le enviasen algunos hombres prácticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las más honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenía todos los ríos y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habían huído los naturales á los montes; y así, no se hacían las ferias como solían en aquellas ciudades. Cortés se lo agradeció, y les dió algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenían de tierra tan lejos. Teniendo pues guía y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pie muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, frísoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenía traídas de la Veracruz y de Medellín. Envío los navíos que fuesen costa á costa hasta el río de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. Á nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran río en barcas, y entró en Tunalán; y otras tantas leguas más adelante pasó otro río, que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la

mar, que tuvo nuevecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta ríos y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, á causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxauca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Cuatlán, atravesó unas muy cerradas montañas y un río, dicho Quezatlápán, bien grande, el cual entra en el de Tabasco, que llaman Grijalba; y por él se proveyó de comida de los carabelonés con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron doscientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el río. Ahogósele un negro, y perdióse hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte días que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabían andar sino en barcas. Preguntados si sabían á Chilapán, que estaba en el dibujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trescientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta pies, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podía salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro día entró en Chilapán, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruído. No halló en él más de dos hombres, que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetlicán. Antes de llegar allá pasó un río, dicho por

nombre Chilapán, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos días en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aina se ahogaron tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis días. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, según iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapán en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundían los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y también porque les había dicho el señor de Cuatlán que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del río que pasa por el pueblo, y muchos de ellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les había metido el señor de Cuatlán habían hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traía de Cuatlán, Chilapán y Tamaztepec, para que le dijese el buen tratamiento que se les hacía; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarían seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapán, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del Emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho días que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el río, y luego se las dieron. Acaeció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandólo luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la causa, y

aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermón, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del más bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconocía como á monarca, y que así debía hacer él; y que también venía á castigar los malos que comían carne de otros hombres, como hacía aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacía el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentasen con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimismo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instrucción de lo que habían de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir á esperarle á la bahía de la Ascensión, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navíos á Acalán por un estero. Dióle asimismo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca más volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

De los sacerdotes de Tatahuitlapán

De Iztapán fué Cortés á Tatahuitlapán, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debían ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado

allí para morir con sus dioses, que les decían que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querían vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapán, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querían morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró do estaba Huatipán, que venía figurado en el paño, diciendo que no sabía andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivían contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y más adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podía subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos días por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenía yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habían de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habían señalado en Tahuitlapán, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guatecpán ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa.

Estaba el lugar despoblado, y no podía Cortés saber ras-